

Augusto de Thou, á quien éste había explicado confidencialmente el complot, intentó disuadirle de sus propósitos y, no habiéndolo logrado, encontróse dueño de un secreto que no podía descubrir sin hacer traición á la confianza y al cariño. Habiendo resuelto los conjurados asegurarse el apoyo de España, enviaron á Fontrailles, hombre de acción que habría preferido acabar de una vez por medio de un asesinato, y que después de haberse avistado con el conde duque de Olivares, regresó trayendo de Madrid un tratado en el cual se estipulaba el restablecimiento de la paz entre ambas coronas y la restitución de todas las conquistas realizadas por una y otra parte. En virtud del mismo, saldrían de los Países Bajos 12.000 hombres y 6.000 caballos que se reunirían en Sedán con Gastón de Orleáns, quien ejercería el mando en jefe y tendría á sus órdenes como mariscales de campo á Bouillon y á Cinq-Mars.

Entretanto, la corte se encaminaba hacia el Rosellón para apresurar la toma de Perpiñán; Cinq-Mars pensó hacer asesinar al cardenal en Lyon; pero Gastón, cuya presencia se consideraba necesaria para autorizar el asesinato, no compareció.

Richelieu, alarmado, no se separaba de Luis XIII; hizo las mismas etapas que él y le vió y habló con él todos los días; pero en Narbona le abandonaron las fuerzas, y mientras el rey proseguía su viaje á Perpiñán (abril), él se vió obligado á guardar cama y á hacerse transportar á Tarascón, cuyo aire, al decir de los médicos, era más sano que el de Narbona. Su salud nunca había sido buena y él acabó de quebrantarla con el exceso de trabajo, las responsabilidades del poder, las inquietudes y los temores. El cardenal dejó al lado del soberano á sus hechuras Sublet des Noyers y Mazarino, á quien había nombrado cardenal; pero Cinq-Mars se burlaba de aquella vigilancia y hacía alarde del favor del monarca cuando éste precisamente comenzaba á cansarse de él.

Luis XIII estaba perfectamente penetrado de los deberes de su cargo; la necesidad de sus negocios le obligaba á conservar á su lado al cardenal, y así se lo dijo francamente á Cinq-Mars; sin embargo, no se decidía á licenciar á este favorito de quien se había hecho cómplice.

El cardenal, que tenía espías en todas las cortes de Europa y que estaba dispuesto siempre á pagar una traición, se procuró la copia del tratado firmado con Olivares y la hizo llegar á manos del rey que había regresado á Narbona, y que, sin vacilar, mandó prender á Cinq-Mars (13 de junio de 1642). De Thou fué también encarcelado, y el duque de Bouillon arrestado en el ejército de Italia; Gastón, sorprendido por aquel brusco descubrimiento y engañado por las seguridades que le dió Richelieu, no tuvo tiempo ni voluntad para salir del reino y refugiarse en Sedán.

El rey, desde joven, había padecido de constipados rebeldes y posteriormente había enfermado á consecuencia del abuso de los remedios destinados, como él decía, «á limpiarse la tienda.» En un año, su primer médico le sangró cincuenta veces y le hizo tomar 200 medicinas y otras tantas lavativas; en 1630 estuvo á las puertas de la muerte, en Lyon, á causa de un absceso interno que afortunadamente se reventó; y en diciembre de 1641 tuvo una fluxión que le privaba de tragar y de dormir y sentía tan agudos dolores que no podía resis-

tir el movimiento de la carroza. Excusábase de no poder escribir por su propia mano, á causa de un dolor agudo entre los hombros. Desde Narbona regresó á Fontainebleau, y aunque con su decisión había reparado sus complacencias para con Cinq-Mars, temía encontrarse con Richelieu y tener que sufrir sus reproches. No podía, sin embargo, pasar cerca de Tarascón sin ver al cardenal; así es que se hizo conducir allí, en donde le pusieron una cama al lado de la de Richelieu. Hacía muchos meses que no se habían visto, y en este tiempo, el uno había padecido todas las angustias de una desgracia temida, y el otro sentíase avergonzado de su debilidad para con un traidor. Al verse de nuevo, se emocionaron profundamente y derramaron abundantes lágrimas; el ministro sólo habló de su gratitud por la bondad del rey que resistía todas las calumnias.

El barco en que Richelieu remontaba el Ródano dió remolque al que conducía á De Thou. En Lyon, una comisión compuesta de relatores y de consejeros del parlamento de Grenoble esperaba á los presos para formarles proceso. Gastón de Orleáns, para salvar su vida, había denunciado cobardemente á sus cómplices y entregado todos los secretos del complot; y Cinq-Mars, comprometido por este testimonio, se decidió á confesar, cometiendo la imprudencia de nombrar á De Thou, que sólo era culpable de discreción. Los jueces vacilaban en condenar á este último; pero Richelieu, implacable, quiso que muriese también; y habiendo el canceller Seguíer descubierto una antigua ordenanza que castigaba el silencio como complicidad, Cinq-Mars y De Thou fueron públicamente decapitados en la plaza de los Terreaux (12 de septiembre).

Aquel mismo día escribía el cardenal desde Lentilly, lugar próximo á Lyon: «Perpiñán está en poder del rey, y el señor de Cinq-Mars y el señor De Thou, en el otro mundo; son dos efectos de la bondad de Dios para con el Estado y el rey, que puede decirse son una misma cosa.» En Tarascón había recibido la noticia del fallecimiento de María de Médicis, acaecido en Colonia (13 de julio de 1642). La infortunada reina, desde que saliera de Francia, había ido errante de los Países Bajos á Holanda, de Holanda á Inglaterra y de Inglaterra á Colonia (octubre de 1641), implorando sin cesar de Luis XIII y de su ministro el permiso para regresar á Francia. Richelieu, al saber su muerte, no sintió ni remordimiento ni pesar: «Tengo el placer, escribía en 22 de julio, de haber sabido por cartas que se arrepintió de sus faltas y perdonó á los que consideraba como sus enemigos.» En opinión suya, el rey no estaba obligado á cumplir sus últimas voluntades. Se llevará el cadáver á Dieppe «honrosamente» y desde allí, con honor y dignidad, «á Saint-Denis.» «Cuando esté allí, se pensará despacio en su sepultura, mandando antes construir la del difunto rey (Enrique IV).» «Tendré sumo gusto, añadía, en cuidar de estas obras.»

Desde Lyon había proseguido su viaje á París. Moribundo, con el cuerpo comido por las úlceras, no podía sentarse y se hacía conducir acostado en una cama guarnecida de paño morado que no podía entrar en el interior de las casas sino después de haber ensanchado las puertas y las ventanas. El cardenal, que no olvidaba los terrores que había sufrido, solicitó del rey ó que despidiera á tres capitanes de la guardia y al teniente

de mosqueteros, Troisvilles, ó que le permitiera presentarse delante de él rodeado de sus propios guardias armados. Su desconfianza tenía trazas de insulto, así es que le costó algún trabajo conseguir que fuesen cambiados los oficiales. Pero la muerte había ya hecho presa en él.

Ante la muerte volvió á ser grande. Hasta el último momento despachó los negocios y ordenó bondadosamente á su sobrina, la señora de Aiguillon, la persona á quien más quería, que se retirara y le evitara la vista de sus lágrimas. Cuando el cura de San Eustaquio, antes de darle el Viático, le preguntó si perdonaba á sus enemigos, respondió con energía que no había tenido otros que los que lo eran del rey y del Estado. Con esta confianza desconcertante murió aquel hombre que tantas vidas humanas había sacrificado á la razón de Estado á su propia fortuna y á la grandeza de Francia (4 de diciembre de 1642).

Luis XIII sobrevivió siete meses á su ministro. «Le había respetado tanto en vida, que aun le temía después de su muerte.» No introdujo ningún cambio en el gobierno, se declaró más resuelto que nunca á la guerra y nombró ministros de Estado á Sublet de Noyers, á quien no tardó en destituir, al cardenal Mazarino y á Chavigny.

Pero la reacción fué más fuerte que su voluntad. Poco á poco dejó que regresaran á Francia la mayor parte de los desterrados como el duque de Vendome y la duquesa, admitió en la corte á los que habían caído en desgracia y abrió las puertas de la Bastilla á Bassompierre, á Vitry y á los demás prisioneros; pero, aunque perdonaba, no olvidaba. Sintióse morir, arregló los asuntos del reino para mientras durase la menor edad de su hijo, y si á ello no se hubiesen opuesto tantas dificultades habría quitado la regencia á la reina su esposa y todo poder al duque de Orleáns, su hermano. El 20 de abril de 1643 mandó llamar á todas las personalidades ilustres de la corte y delante de ellas hizo leer una Declaración disponiendo que la reina fuese regente, el duque de Orleáns lugarteniente general del reino y el príncipe de Condé jefe del Consejo que había de ayudar al duque, auxiliados los tres por cuatro miembros que no podrían ser destituidos, salvo en caso de prevaricación, y que eran el cardenal Mazarino, el canceller Seguíer, Bouthillier, superintendente de hacienda, y el hijo de éste, Chavigny. Todos juntos decidirían los negocios por mayoría de votos.

El día 14 de mayo de 1643, murió Luis XIII «esclavo ilustre» hasta el fin de su vida de un ministro que había hecho de él «el rey más grande del mundo.»

CAPITULO XIII

LAS LETRAS Y LAS ARTES DURANTE LOS REINADOS DE ENRIQUE IV Y DE LUIS XIII (I)

I. Las letras durante el reinado de Enrique IV. — II. Las letras en tiempo de Luis XIII y de Mazarino. — III. El arte y la escuela neoclásica.

I.— Las letras durante el reinado de Enrique IV

Un reposo después del gran impulso del siglo XVI, y un nuevo arranque, el final del Renacimiento y el preludio del «siglo de Luis XIV,» tal es, en resumen, la

(1) FUENTES: Una parte de los textos está reunida en la *Bibliothèque Elzevirienne* y en la *Collection des Grands Ecrivains*

historia de las Letras y de las Artes, desde el triunfo de Enrique IV sobre la Liga (2) hasta el gobierno personal de Luis XIV (1661).

Durante el gobierno reparador de Enrique IV, renacen en el espíritu el orden y la disciplina, de lo cual es buen testimonio la literatura.

En los períodos de perturbación que permiten á los caracteres manifestarse libremente, abundan los escritos en que los contemporáneos relatan los hechos y se describen á sí mismos; en cambio son más raras las memorias en los tiempos de obediencia, cuando la vida es uniforme y la personalidad del rey absorbe la de los súbditos y atrae toda la atención. Entonces, hasta los sobrevivientes de las guerras civiles que terminan ó escriben su autobiografía, se interrumpen prudentemente en los comienzos del reinado y aun antes, como si su historia terminara con la reaparición del poder absoluto, y se abstienen de dar sus escritos á la publicidad. Margarita de Valois suspende sus memorias en 1582; el duque de Bouillon, en 1586; Villegomblain, un soldado y un descontento, termina el relato de los disturbios acaecidos durante los reinados de Carlos IX y de Enrique III con una lamentación profunda contra la sórdida economía de Enrique IV y contra la ingratitude de este monarca para los servicios prestados, pero de aquí no pasa; Brantome, que escribe las memorias de

de la France. Una edición definitiva de las *Oeuvres de Descartes* que se halla en curso de publicación, contiene en el tomo VI, el último publicado (1902), el *Discurso del Método* y los *Ensayos*. La última edición de Pascal es la de Brunswik, 1904, 3 vol. En las obras y en los manuales que á continuación citamos se encontrarán las demás indicaciones de textos cuya enumeración en este lugar exigiría demasiado espacio.

OBRAS DE CONSULTA: Brunetiere, *Manuel de l'Histoire de la Littérature française*, 1898, y los *Etudes critiques sur l'Histoire de la Littérature française*, 7 partes. Gustavo Lanson, *Histoire de la Littérature française*, ed. de 1898. Petit de Julleville, *Histoire de la langue et de la littérature française des origines à 1900*, tomo IV: *XVII^o siècle* (primera parte, 1601-1660), 1897. Eug. Rigal, *Alexandre Hardy et le théâtre français à la fin du XVI^e et au commencement du XVII^e siècle*, 1889. Vianey, *Mathurin Regnier*, 1896. F. Brunot, *La doctrine de Malherbe*, 1891. Eug. Jung, *Henri IV écrivain*, 1855. Sainte-Beuve, *Port-Royal*, tomos I, II y III, ed. de 1888. Jacobo Denis, *Sceptiques ou libertins de la première moitié du XVII^e siècle: Gassendi, Gabriel Naudé, Gui-Patin, Lamoignon-Levayer, Cyrano de Bergerac*, «Mémoires de l'Académie nationale des sciences, arts et belles-lettres de Caen,» 1884. Perrens, *Les Libertins en France au XVII^e siècle*, 1896. Gustavo Lanson, *Etudes sur les rapports de la littérature française et de la littérature espagnole au XVII^e siècle* (1600-1660), «Revue d'Histoire littéraire de la France,» 15 de enero de 1896. A. Morel-Fatio, *Ambrosio de Salazar et l'étude de l'espagnol en France sous Louis XIII*, 1901. Ernesto Martinenche, *La Comedia espagnole en France de Hardy à Racine*, 1900. Pablo Menard, *Histoire de l'Académie française*, 1859. Gastón Bizos, *Etude sur la vie et les oeuvres de Jean de Mairet*, 1877. Lanson, *Corneille* («Les Grands Ecrivains français»), 1898. Fournel, *Le théâtre au XVII^e siècle, la Comédie*, 1892. N. M. Bernardin, *La Comédie italienne en France et le Théâtre de la Foire*, 1902. Pablo Morillot, *Scarron et le genre burlesque*, 1888. Andrés Le Bretón, *Le Roman au XVII^e siècle*, 1890. Emilio Roy, *La Vie et les Oeuvres de Charles Sorel*, 1891. Alfredo Fouillée, *Descartes*, 1893 («Collection des Grands Ecrivains français»). El capítulo de Hannequin y Thamin sobre Descartes en *Histoire littéraire de la France*, IV. Emilio Boutroux, *Pascal*, 1900 («Collection des Grands Ecrivains français»).

(2) Respecto de los escritores del período anterior, véase en este mismo tomo los capítulos en donde de cuando en cuando se indican y aun se analizan los libros de combate y los libelos.

los grandes capitanes ó de las damas galantes, sólo incidentalmente y con gran discreción se ocupa del reinado de Enrique IV; y L'Estoile, á quien con tanto interés se consulta por ser el testimonio del París galicano, parlamentario y turbulento, consagra cada vez más sus memorias-diarios, desde 1598 á 1610, á la inserción del resumen de sus lecturas y de la bibliografía de los escritos de la época.

A nuevos tiempos corresponde nuevo método. Las *Economies royales* son las memorias emparejadas del rey y del superintendente, y en ellas se ve al servidor inspirar, aconsejar y morigerar al mejor de los soberanos, y al soberano apoyar, enriquecer y encumbrar al más cumplido de los servidores. Trátase del asunto que se trate, de hacienda, de gobierno interior, de política extranjera, de relaciones conyugales y extraconyugales de Enrique IV, no hay allí más que dos personajes, tan vivos, tan naturales, tan verosímiles, que nos parece verlos y oírlos y que la posteridad se ha dejado imponer á veces, á pesar de la historia, por el talento mágico del narrador.

La autobiografía de Sully está, por otra parte, llena de documentos de toda clase: cartas, instrucciones, estadísticas. Más reducido aún se nos ofrece este carácter autobiográfico en las *Memoires d'Etat* («Memorias de Estado») de Villeroy, en las cuales, entre las cartas que como secretario de Estado escribió, deslízase una breve justificación de su vida política hasta su sumisión al rey. Las negociaciones del presidente Jeannin no son sino una colección de documentos diplomáticos, y lo propio puede decirse de las embajadas de Ossat á Roma, de Fresne-Canaye á Venecia y de La Boderie á Inglaterra. Todos estos relatos, publicados después de la muerte de Enrique, son las verdaderas memorias de doce años de orden y de paz, de una actividad consagrada especialmente á la conservación y engrandecimiento del reino, y los datos que suministran aclaran sobre todo la vida de los gobiernos y de los pueblos, pudiendo decirse que son una psicología y una literatura de Estado.

También la historia atestigua los progresos de la idea nacional y monárquica.

De Thou escribe en latín, lengua universal, pero con espíritu genuinamente francés, una historia de su tiempo (*Historiarum sui temporis libri CXXXVIII*, 1543-1607), hostil á los perturbadores de toda clase, monjes y clérigos liguistas, teólogos ultramontanos, ciudades y grandes señores facciosos, y apasionadamente conservadora y galicana, aunque exacta y sincera hasta en la indignación y en el desprecio.

Si De Aubigné no publicó hasta 1616 su *Histoire universelle* («Historia universal»), débese quizás á que Enrique no autorizara, por un sentimiento de solidaridad monárquica, una obra en la cual los últimos Valois resultaban peor tratados aún que los papas.

Los Guisa ya no encuentran apologistas en Francia. Pedro Mathieu, liguista arrepentido en su *Histoire des derniers troubles* («Historia de los últimos disturbios»), 1594, y en su *Histoire des sept années de paix* («Historia de los siete años de paz»), 1606, ni siquiera intenta defender las circunstancias atenuantes en favor de la Liga, sino que condena en conjunto la rebelión contra el soberano legítimo.

Los éxitos de los libros de moral son otro signo de los tiempos.

Charrón (1541-1603), teólogo y amigo de Montaigne, ha sido durante largo tiempo considerado como intérprete de la filosofía de éste, creyéndose de él que recogió y presentó en forma sistemática las razones para dudar que el autor de los *Ensayos* dispersó á su antojo y en cierto modo extravió en las vueltas y revueltas de su obra; pero Charrón no es el discípulo de Montaigne y si creyó seguirle se equivocó por completo.

Conscientemente ó no, Charrón es un dogmático y cree firmemente en el poder demostrativo de la razón. Su primera obra, *Les Trois Verités* («Las Tres Verdades»), afirma en contra de los idólatras la misión del pueblo judío, en contra de los judíos la divinidad de Jesucristo, y en contra de los protestantes la verdad del catolicismo. Y si la razón puede alcanzar la verdad, ¿por qué no ha de poder alcanzar asimismo el bien y dictar reglas á la voluntad? Este es el objeto del *Traité de la Sagesse* («Tratado de la Sabiduría»). El hombre por su solo esfuerzo puede llegar á «hacer excelentemente al hombre.» El racionalismo de Charrón iba á parar lógicamente á la religión natural y á la inutilidad de la Revelación; pero él protestaba de esto con toda su energía y probablemente sus protestas eran sinceras.

Un verdadero escritor en quien revive la amplitud de la frase ciceroniana, el primer presidente del parlamento de Provenza, Du Vair, contribuyó también por su parte á sacar la moral del templo y de los libros de teología y á secularizarla, traduciendo el manual de Epicteto, escribiendo una *Philosophie morale des stoïques* («Filosofía moral de los estoicos») y presentando como modelo á cristianos la más pura de las morales no reveladas y, sin curarse gran cosa de las deducciones posibles, la práctica de las virtudes cuyo mérito correspondía por entero á quien hacía el esfuerzo.

Sin embargo, la antigüedad, si bien continúa inspirando el mismo culto, no es considerada como único modelo digno de imitación. El Renacimiento se había hecho pagano de inspiración y de sentimiento con tal fervor, que parecía creer todavía en los dioses del Olimpo y casi expulsaba de la poesía al cristianismo; pero en el transcurso de las largas luchas religiosas el alma volvió á sentirse cristiana y se despojó de aquella fe literaria que había obscurecido á la fe verdadera.

También se ha extinguido el afán proclamado por la Pléyade de resucitar los géneros literarios de Grecia y en particular los más grandes, la epopeya, la tragedia, la oda pindárica; la experiencia ha demostrado la inutilidad de este esfuerzo, como puede verse en el *Art poétique* («Arte poética») de Vauquelin de La Fresnaye.

Vauquelin es un rezagado cuya obra, bosquejada en vida de Ronsard (1574), no apareció hasta 1605; y como en el curso de esta elaboración se apartó, en algunos puntos, de las doctrinas del Renacimiento, sus variaciones son instructivas como indicio de las variaciones del gusto público. Vauquelin prefirió á la oda pindárica de Ronsard la «delicada odita» de Anacreonte; su definición de la epopeya está en contradicción con la *Franciade*; predica «resueltamente el abandono de la mitología y la resurrección de la poesía nacional y cristiana,» y se alarma «ante los cambios



DESEMBARCO DE MARÍA DE MÉDICIS EN MARSELLA

Cuadro de Pedro Pablo Rubens, existente en el Museo Nacional del Louvre, París

infinitos á que se ve sometido el idioma (1).» El gusto y el genio francés se apartan de aquella escuela que hablaba griego y latín.

El teatro rompe igualmente con las formas antiguas. Las tragedias de Jodelle, de Garnier y de Juan de La Taille, hechas según el modelo de las griegas, sólo interesaban á un corto número de literatos y de escolares y nunca habían sido representadas delante de un verdadero público. El pueblo de París no conocía más teatro que el Palacio de Borgoña, en donde sólo tenían derecho á representar cómicos aficionados, los Cofrades de la Pasión, que las más de las veces representaban Misterios; pero el Parlamento había prohibido en 1548 las representaciones piadosas y el retraimiento del público había confirmado el decreto del Parlamento.

Los Cofrades, viéndose desdeñados, arrendaron en 1599 su privilegio á una compañía de cómicos de profesión, dirigida por un tal Valleran Lecomte, que iba de ciudad en ciudad representando las obras de su «poeta» Alejandro Hardy. Esta compañía estuvo algún tiempo en el Palacio de Borgoña, partió luego para provincias y volvió á París, en donde no se fijó definitivamente hasta 1629.

Hardy escribía tragedias representables, en las que suprimía los coros, acortaba los monólogos, dividía el acto en varias escenas, aumentaba el número de personajes y, en una palabra, daba más vida y más vigor dramático á la obra. De este modo se formaba un nuevo teatro.

Los últimos representantes de la Pléyade, Desportes y Bertaut, riman cánticos espirituales, como si con ellos quisieran hacer penitencia por sus cantos de amor. De Aubigné, el sobreviviente más grande del Renacimiento, describe en sus *Tragiques* («Trágicas») y abomina con toda la impetuosidad de un profeta, de la intolerancia y de las liviandades de los últimos Valois; pero esta epopeya de las guerras de religión, comenzada en plena lucha religiosa é inspirada, en todo caso, en el idioma y en el espíritu del siglo XVI, no se publicó, como la *Histoire universelle*, hasta 1616 y sorprendió á los contemporáneos de Luis XIII así por su forma como por su fondo.

Tres hombres, cada uno con significación distinta, señalan los cambios del gusto. Enrique IV, según puede juzgarse por sus discursos y por sus manifiestos, está dentro de la corriente pura de la tradición. La Colección de sus Cartas misivas contiene documentos de toda clase, oficiales y privados, entre los cuales es difícil distinguir lo que en ellas hay del rey; y sus mismas cartas íntimas son y deben ser consideradas como sospechosas cuando no son autógrafas, pues los secretarios amanuenses pensaban, sentían y redactaban por el soberano. Es posible, sin embargo, formarse una idea de Enrique IV como escritor: sus cartas, por lo general, son cortas, vivas, nerviosas, llenas de malicia, animadas de buen humor y reflejan á veces su espíritu gascón; en ellas la lisonja es dulce y la amenaza friamente incisiva; y sus billetes galantes, de un sentimentalismo frívolo y monótono y sin más variantes apenas que la de besar unas veces las manos y otras los pies del ídolo,

son en algunos casos muy jocosos. Pero, libertinas ó no, estas cartas personales tienen un aire tan francés, tantos atractivos, tanto ingenio, que anuncian, aun mejor que la correspondencia de Margarita de Navarra, la aparición de un género literario nuevo.

Mathurin Regnier (1578-1613), un poeta, se enlaza con Rabelais al través de la escuela de Ronsard, y con Sigogne, Motín y un prosista, Beroaldo de Verville, continúa la tradición «gala», ó, mejor dicho, licenciada; pero ha sido el fundador de la sátira y ha ilustrado su obra con seres que vivirán, y su lenguaje, enriquecido con todo el legado del pasado y con expresiones toma-



Francisco de Malherbe

das de la corte, de la ciudad, de la canalla, del Norte y del Mediodía, es cínico, lleno de color y pintoresco.

El mejor obrero, consciente por añadidura, de la reacción contra la literatura del Renacimiento es Malherbe. Nacido en 1555, se había dejado llevar en un principio por el gusto de la época; uno de sus primeros poemas, *Les larmes de Saint Pierre* («Las lágrimas de San Pedro»), imitación del italiano, no está exento de mal gusto, aun cuando el verso sea ya en él sonoro, lleno, armonioso, sembrado de bellas imágenes. Malherbe, que era hidalgo y normando, había acompañado á Provenza al duque de Angulema, gobernador de aquella provincia en la cual se había establecido; y cuando María de Médicis desembarcó en Marsella, dedicó á la nueva reina una oda dándole la bienvenida y celebrando en hermosos términos los beneficios de aquel matrimonio. El cardenal Du Perrón, también normando, recomendó su compatriota al rey, el cual, poco aficionado á gastar dinero, rogó al duque de Bellegarde que le señalara una pensión; de suerte que Malherbe se presentó en la corte (1605) como doméstico del duque.

Tenía entonces cincuenta años y, lejos de la corte y de París, había reflexionado profundamente sobre su arte y se había formado una Poética. El énfasis difuso de la Pléyade, su inspiración erudita, su vocabulario neo-greco y neo-latino y su falta de precisión en el empleo de las palabras y de las imágenes, le eran antipáticos, pues por naturaleza gustaba del orden y de la regla, del vocablo propio y bien francés y de la armonía del

(1) Morillot, *Histoire littéraire*, III, 257-258.